

Charlie Coulson

El muchachito que
tocaba el tambor



M. L. ROSSVALLY (1828-1892)

Charlie Coulson

El muchachito que tocaba el tambor

Contenido

1. El muchacho	3
2. El barbero	6
3. La iglesia	8
4. La conversión.....	10
5. La familia	13
6. La conclusión.....	21

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Publicado originalmente en inglés bajo el título *Charlie Coulson the Drummer Boy*. En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: www.chapellibrary.org/spanish.

Charlie Coulson

El muchachito que tocaba el tambor

Dos o tres veces en mí vida, Dios en Su misericordia, tocó mi corazón, y dos veces antes de mi conversión me sentí bajo profunda convicción de haber pecado.

1. El muchacho

Durante la Guerra Civil de los Estados Unidos era yo cirujano del ejército, y después de la Batalla de Gettysburg, había en el hospital muchos cientos de soldados heridos, veintiocho de los cuales habían recibido heridas tan graves que necesitaban mis servicios inmediatamente; algunos cuyas piernas tenían que ser amputadas, algunos sus brazos, y otros tanto el brazo como la pierna. Uno de estos últimos era un muchacho que apenas había estado tres meses en el ejército, y siendo demasiado joven para alistarse como soldado, se había alistado para tocar el tambor. Cuando mi cirujano asistente y uno de mis ayudantes quisieron administrarle cloroformo antes de la amputación, volteó la cabeza y se negó rotundamente a que se lo dieran. Cuando el ayudante le dijo que era orden del doctor, dijo:

—Tráigame al doctor.

Cuando llegué hasta su cama le dije:

—Muchacho, ¿por qué rechazas el cloroformo? Cuando te encontré en el campo de batalla estabas tan grave que pensé que no valía la pena levantarte, pero cuando abriste esos grandes ojos azules pensé que tendrías una madre en alguna parte que en ese preciso momento estaría pensando en su muchacho. No quería que murieras en ese campo, así que ordené que te trajeran aquí; pero has perdido tanta sangre que estás demasiado débil para soportar una operación sin cloroformo. Por tanto, deja que te dé un poco.

Puso su mano sobre la mía y mirándome a los ojos me dijo:

—Doctor, un domingo a la tarde en la escuela dominical, cuando tenía nueve años y medio, acepté al Señor Jesucristo como mi Salvador. En ese momento aprendí que podía confiar en Él. He confiado en Él desde entonces, y sé que puedo confiar en Él ahora. Él es mi fuerza y mi refugio; Él me sostendrá mientras usted me amputa el brazo y la pierna.

Entonces, le pregunté si podía darle un poco de brandy. Nuevamente me miró a los ojos diciendo:

—Doctor, cuando tenía unos cinco años, mi madre se arrodilló a mi lado poniendo su brazo alrededor de mis hombros y dijo: “Charlie, estoy orando al Señor Jesús para que nunca pruebes el licor, tu querido padre murió como un borracho, y le prometí a Dios, que si era su voluntad que llegaras a adulto, que advertirías a los jóvenes contra la copa amarga”: ahora tengo diecisiete años, pero nunca he probado nada más fuerte que té y

café, y en mi condición, es muy probable que esté a punto de partir a la presencia de mi Dios, ¿me llevaría usted allí con olor a brandy?

Nunca olvidaré la mirada que me dio aquel muchacho. En aquella época yo odiaba a Jesús, pero respetaba la lealtad del muchacho a su Salvador, y cuando vi cómo amaba y confiaba en Él hasta lo último, me conmovió el corazón, e hice por aquel muchacho algo que nunca había hecho por ningún otro soldado, le pregunté si quería ver a su capellán.

—¡Oh, sí señor! —fue la respuesta.

Cuando llegó el capellán, reconoció enseguida al muchacho por haber conversado con él en las reuniones de oración que se realizaban en una de las carpas, y tomando su mano, dijo:

—Charlie, cuánto siento verte en esta triste condición.

—Oh, yo estoy bien señor, —contestó—. El doctor me ofreció cloroformo, pero se lo rechacé, luego quería darme brandy, que también rechacé, y ahora, si mi Salvador me llama, estoy listo, y puedo irme con Él estando lúcido.

—Quizá no mueras, Charlie, pero si el Señor te lleva a Su presencia, ¿hay algo que pueda hacer por ti después de que hayas partido?

—Capellán, por favor ponga su mano bajo mi almohada y tome mi pequeña Biblia, en la que encontrará la dirección de mi madre. Por favor mándesela a ella, y escríbale una carta, y dígame que desde el día que me fui de casa, no he dejado pasar un solo día sin leer una porción de la Palabra de Dios, y sin orar pidiendo que Dios bendijera a mi querida madre, no importando si me encontraba marchando, en el campo de batalla o en el hospital.

—¿Puedo hacer algo más por ti, jovencito? —preguntó el capellán.

—Sí, por favor escriba una carta al director de la escuela dominical de la calle Sands, Brooklyn, Nueva York, y dígame que no he olvidado sus palabras bondadosas, sus muchas oraciones y sus buenos consejos; me han acompañado en medio de los peligros de la batalla y ahora, en la hora de mi muerte, le pido a mi Salvador que bendiga a mi querido y anciano director. Eso es todo.

Volviéndose hacia mí, me dijo:

—Ahora, doctor, estoy listo, y le prometo que ni siquiera me quejaré mientras me amputa el brazo y la pierna, siempre y cuando no me ofrezca cloroformo.

Se lo prometí, pero no tenía la valentía de tomar el bisturí en mi mano para realizar la operación sin ir primero a la habitación contigua y tomar un pequeño estimulante a fin de armarme de valor para poder cumplir con mi deber. Mientras cortaba su carne, Charlie Coulson no se quejó para nada, pero cuando tomé el serrucho para separar el hueso, tomó una esquina de su almohada y se la puso en la boca, y lo único que lo escuché murmurar fue:

—¡Oh Jesús, bendito Jesús, acompáñame en este momento!

Cumplió su promesa, no se quejó ni una vez.

Esa noche no pude dormir, porque cada vez que me daba vuelta en la cama, veía esos suaves ojos azules, y cuando cerraba los míos, las palabras “Bendito Jesús, acompáñame en este momento” resonaban insistentemente en mis oídos. Entre las doce y la una, me levanté y fui al hospital, algo que nunca antes había hecho a menos que me llamaran especialmente, tanto era mi deseo de ver a aquel muchacho. Al llegar, los ayudantes nocturnos me

informaron que dieciséis de los heridos desahuciados habían muerto y habían sido llevados a la morgue.

—¿Cómo está Charlie Coulson? ¿Fue uno de los que murieron? —pregunté.

—No señor, —contestó el ayudante—, está durmiendo como un angelito.

Cuando me acerqué a la cama donde dormía, una de las enfermeras me informó que a eso de las nueve dos socios de la Asociación Cristiana de Jóvenes habían recorrido el hospital para leer y cantar un himno. Estaban acompañados por el capellán, quien se arrodilló junto a la cama de Charlie Coulson y elevó una ferviente y conmovedora oración, después de lo cual cantaron, todavía de rodillas, el más dulce de los himnos: “Sol de mi ser, mi Salvador” que Charlie también cantó. Yo no podía entender como ese muchacho, que había pasado por un dolor tan insoportable, podía cantar.

Cinco días después de que le amputé el brazo y la pierna al querido muchacho, me mandó llamar y fue por boca de él que escuché el primer sermón del evangelio.

—Doctor, —dijo—, ha llegado mi hora, y no espero ver otro amanecer, pero, a Dios gracias, estoy listo para partir, y antes de morir quería agradecerle de todo corazón por su bondad para conmigo. Doctor, usted es judío, no cree en Jesús. ¿Podría por favor quedarse aquí de pie y verme morir, confiando en mi Salvador hasta el último instante de mi vida?

Traté de quedarme pero no pude, porque no tenía el valor de quedarme y ver morir a un muchacho cristiano regocijándose en el amor de aquel Jesús que me habían enseñado a odiar, por lo que me apresuré a retirarme de la habitación. Unos veinte minutos después, un ayudante que me encontró sentado en mi consultorio privado, con el rostro escondido entre las manos, me dijo:

—Charlie Coulson quiere verlo.

—Acabo de verlo, —contesté—, y no puedo volver a verlo.

—Pero, doctor, dice que tiene que verlo una vez más antes de morir.

Decidí ir a verlo, decirle una palabra cariñosa y dejarlo morir, pero estaba decidido a no dejar que alguno de sus comentarios sobre Jesús influyera para nada en mí. Cuando llegué al hospital noté que se moría, así que me senté junto a su cama. Pidiéndome que lo tomara de la mano, dijo.

—Doctor, lo amo porque usted es judío; el Mejor Amigo que he encontrado en este mundo era judío.

Le pregunté:

—¿De quién se trata?

Él contestó:

—Jesucristo, a quien le quiero presentar antes de morir, y ¿me promete, doctor, que nunca olvidará lo que le voy a decir?

Se lo prometí y dijo:

—Hace cinco días, mientras usted me amputaba el brazo y la pierna, oré al Señor Jesucristo que salvara su alma.

Estas palabras penetraron muy hondo en mi corazón. No podía entender cómo, mientras le estaba causando el más intenso dolor, podía olvidarse totalmente de sí mismo, y no pensar en nada más que su Salvador y mi estado inconverso. Lo único que pude decir fue:

—Bien, querido muchacho, pronto estarás bien.

Diciendo esas palabras me retiré y doce minutos después se durmió “confiando en los brazos de Jesús”.

Cientos de soldados murieron en mi hospital durante la guerra, pero sólo acompañé a uno al cementerio, a Charlie Coulson, el muchacho que tocaba el tambor; y viajé tres millas para estar presente en su entierro. Me aseguré de que le pusieran un uniforme nuevo, y que le colocaran en un ataúd para oficiales, cubierto con una bandera nueva de los Estados Unidos.

Las palabras del querido muchacho moribundo me impresionaron profundamente. Yo era rico en aquel entonces, en lo que a dinero se refiere, pero hubiera dado hasta el último centavo que tenía por creer en Cristo como Charlie lo hacía; pero ese sentir no puede comprarse con dinero. Durante varios meses después de la muerte de Charlie, no podía olvidar sus últimas palabras. Seguían resonando en mis oídos, pero estando en compañía de oficiales mundanos, gradualmente fui olvidando el sermón que Charlie predicó en la hora de su muerte, aunque nunca pude olvidar su maravillosa paciencia en medio de un dolor intenso, y su sencilla confianza en aquel Jesús Cuyo nombre en aquel entonces era un anatema y un reproche.

2. El barbero

Luché durante diez largos años contra Cristo, con todo el odio de un judío ortodoxo hasta que Dios, en Su misericordia, me puso en contacto con un barbero cristiano, quien fue el segundo instrumento en mi conversión a Dios.

Al terminar la Guerra Civil, fui nombrado Inspector Cirujano a cargo del hospital militar en Galveston, Texas. Cierta día, regresando a Washington de un viaje de inspección, me quedé varias horas en Nueva York para descansar. Después de la comida fui a la peluquería (hay una en cada hotel de renombre en los Estados Unidos). Al entrar me sorprendió ver en las paredes dieciséis textos bíblicos en hermosos marcos de distintos colores. Al sentarme en una de las sillas del barbero, vi directamente frente a mí, enmarcada en la pared, esta nota:

“POR FAVOR, NO DIGA MALAS
PALABRAS EN ESTE LUGAR”.

El barbero apenas había empezado a afeitarme cuando empezó a hablarme de Jesús. Lo hizo de un modo tan atractivo y cariñoso que arrasó con mis prejuicios, y lo escuché con creciente atención. Mientras hablaba, me vino a la mente *Charlie Coulson, el muchacho que tocaba el tambor*, aunque habían pasado ya diez años desde que había muerto. Tanto me agradaron las palabras y la conducta del barbero que en cuanto terminó de afeitarme le pedí que me cortara el cabello; aunque cuando entré no era mi intención cortármelo. Mientras lo hacía, el barbero siguió predicándome a Cristo sin pausa, diciéndome que aunque él no era judío, en el pasado había estado tan lejos de Cristo como lo estaba yo en ese momento.

Escuché atentamente con creciente interés las palabras que decía, al punto que cuando terminó de cortarme el cabello, dije:

—Barbero, ahora lávame el cabello.

De hecho, dejé que hiciera todo lo que alguno de su profesión podía hacer por un cliente en una sola visita. Pero, todo llega a su fin y, no disponiendo de más tiempo, finalmente me preparé para retirarme. Pagué mi cuenta, le agradecí al barbero sus comentarios, y dije:

—Tengo que tomar el próximo tren.

Él, sin embargo, todavía no estaba satisfecho, era una tarde de febrero intensamente fría, y caminar por la calle era peligroso por el hielo en el suelo. Era una caminata de dos minutos desde el hotel hasta la estación, y el amable barbero se ofreció para acompañarme hasta allí. Acepté con gusto su ofrecimiento, y en cuanto salimos a la calle me tomó del brazo para impedir que me resbalara. Habló poco en el trayecto, pero cuando llegamos a la estación, rompió el silencio diciendo:

—Señor, no lo conozco y quizá usted no comprenda porque quise hablarle de un tema que me es tan querido. Cuando entró usted a mi negocio noté por su rostro que es judío.

Siguió hablándome del “querido Salvador”, y dijo que sentía que era su deber, cuando tenía contacto con un judío, tratar de presentarle a quien él consideraba su Mejor Amigo, tanto para este mundo como para el venidero. Al volver a mirar su rostro, vi que las lágrimas caían por sus mejillas y que evidentemente estaba profundamente emocionado. Yo no podía entender cómo era que este hombre, un completo extraño para mí, tuviera tanto interés en mi bienestar al punto de derramar lágrimas mientras me hablaba. Le extendí la mano para despedirme. Él la tomó entre las suyas con un leve apretón y, todavía con lágrimas en los ojos me dijo:

—Señor, quiero decirle que si usted me da su tarjeta o su nombre, le prometo, palabra de hombre cristiano que durante los próximos tres meses no me iré a dormir sin nombrarlo en mis oraciones. Y ahora, que mi Salvador lo acompañe, lo inquiete y no le dé descanso hasta que usted lo encuentre, hasta que haya encontrado en Él lo que yo encontré, un precioso Salvador y el Mesías que usted busca.

Le agradecí su atención y consideración, y después de darle mi tarjeta, dije en un tono algo burlón:

—No creo que jamás correré el peligro de ser cristiano.

Entonces, él me dio su tarjeta diciendo:

—Por favor, envíeme una nota o una carta si Dios contesta mis oraciones por usted.

Sonreí con incredulidad y dije:

—Por supuesto que sí.

No me imaginaba que dentro de las próximas cuarenta y ocho horas, Dios en Su misericordia, contestaría la oración del barbero. Le di la mano con entusiasmo y dije “adiós”.

Pero a pesar de mi aparente indiferencia, él me había impresionado profundamente, como lo demuestra lo que sucedió luego.

Como es bien sabido, los coches ferroviarios americanos son mucho más largos que los británicos. Además, tienen un solo compartimento, con capacidad para setenta a ochenta personas. Como hacía muchísimo frío, había pocos pasajeros en el tren; el coche al cual subí; no estaba ni medio lleno y, sin darme cuenta, en menos de diez o quince minutos había probado todos los asientos vacíos en él.

Los pasajeros comenzaron a mirarme con desconfianza al verme cambiar de asiento tantas veces en tan poco tiempo sin ninguna razón. Por mi parte, en ese momento no pensaba que el pecado habitaba en mi corazón, aunque no podía explicar mis movimientos erráticos. Finalmente, me quedé en un asiento en un rincón del coche, con la firme intención de dormirme. Pero, en el mismo instante que cerré los ojos sentí que me encontraba en dos fuegos. Por un lado, estaba el barbero cristiano de Nueva York y, por el otro, el muchacho de Gettysburg que tocaba el tambor, ambos hablándome de Jesús, justamente del Nombre que yo aborrecía. Me fue imposible conciliar el sueño, tampoco pude librarme de la impresión que me habían causado aquellos dos fieles cristianos, uno de los cuales me había dicho adiós hacía apenas una hora, mientras que el otro hacía casi diez años que había fallecido, por lo que seguí inquieto y perplejo el resto del viaje.

3. La iglesia

Al llegar a Washington compré un periódico matutino, y una de las primeras cosas que me llamó la atención fue el anuncio de cultos de evangelización en la iglesia del Dr. Rankin, la iglesia más grande de Washington. En cuanto vi el anuncio, una voz interior pareció decirme: *ve a esa iglesia*. Nunca había estado en una iglesia cristiana mientras se celebraba un servicio religioso, y en otra ocasión hubiera descartado tal pensamiento como procedente del diablo. Era la intención de mi padre, cuando yo era chico, de que llegara a ser un rabino, por lo que le prometí que nunca entraría a ningún lugar donde “Jesús el impostor” fuera adorado como Dios; y que nunca intentaría leer un libro conteniendo Su Nombre. Hasta ese momento había cumplido fielmente mi palabra.

En conexión con las reuniones de evangelización mencionadas, el anuncio decía que un coro unido de las diversas iglesias de la ciudad cantarían en cada uno de los cultos. Siendo un apasionado de la música, esto atrajo mi atención, y esa fue mi excusa para visitar la iglesia durante el culto de evangelización esa noche.

Cuando entré en el edificio, que estaba lleno de fieles, uno de los porteros, sin duda, atraído por mi charretera dorada (porque no me había cambiado el uniforme), me guio a la primera fila, justo delante del predicador, un evangelista reconocido tanto en Inglaterra como en Norteamérica. Me fascinaron los hermosos cantos, pero el evangelista apenas había hablado cinco minutos cuando llegué a la conclusión de que alguien le había informado quién era yo, porque parecía señalarme con el dedo. Siguió mirándome y de vez en cuando parecía que me amenazaba con el puño. Pero a pesar de todo eso, me interesaba profundamente lo que decía. Y eso no era todo, porque resonaban aún en mis oídos las palabras de mis dos predicadores anteriores—el barbero cristiano de Nueva York y el muchacho de Gettysburg que tocaba el tambor—enfaticando lo que decía el evangelista. Mentalmente veía con claridad a esos dos queridos amigos repitiendo también sus mensajes. Al ir interesándome más y más en las palabras del predicador, sentí que me brotaban las lágrimas. Esto me sorprendió, y empecé a sentir vergüenza de que yo, un judío ortodoxo, fuera tan infantil como para derramar lágrimas en una iglesia cristiana, las primeras que jamás había vertido en un lugar así.

Omití mencionar que durante el culto, y mientras el predicador me miraba, se me ocurrió que quizá estuviera señalando a alguien sentado detrás de mí; pero cuando me di vuelta en mi asiento para ver quién era el individuo, vi con asombro que más de 2,000 personas de todos los niveles sociales parecían tener sus ojos clavados en mí. Inmediatamente llegué a la conclusión de que no sólo era yo el único judío, sino que me encontraba en mala compañía. Siendo muy conocido en Washington, tanto por judíos como por gentiles, pensé qué pasaría si en el periódico de Washington apareciera que “el Dr. Rossvally, judío, estaba presente en los cultos de evangelización, a menos de cinco minutos a pie de la sinagoga donde generalmente asiste, y que lo vieron *llorando durante el sermón*”. No queriendo llamar más la atención (porque allí había rostros que reconocí), decidí no sacar mi pañuelo para secarme las lágrimas—tendrían que secarse solas; pero, bendito sea Dios, no podía detenerlas y seguían cayendo abundantemente.

Al rato, el predicador terminó su conferencia, y me sorprendió escucharle anunciar una reunión posterior a la que invitaba a todos a que pudieran quedarse. No acepté la invitación, pues estaba contento de poder retirarme de la iglesia. Con esa intención me puse de pie y llegué hasta la puerta, cuando sentí que alguien me jalaba del saco. Volviéndome, vi a una anciana, que luego supe era la Sra. Young, de Washington, una obrera cristiana muy conocida.

Dirigiéndose a mí, dijo:

—Perdóneme, señor, veo que usted es un oficial del ejército. Lo he estado observando durante todo el culto, y le ruego que no deje esta casa porque creo que usted está convencido de ser pecador. Creo que usted vino aquí para buscar al Salvador, y aún no lo ha encontrado. Le ruego que regrese; quisiera conversar con usted, y si me lo permite, oraré por usted.

—Señora, eso es algo que jamás he hecho y que jamás haré, —porque los judíos ortodoxos nunca se arrodillan para orar, excepto dos veces al año: en la Fiesta de las Trompetas y en el día de la Expiación, y aun así no nos arrodillamos como lo hacen los cristianos, sino que nos postramos en el suelo.

La Sra. Young me miró tranquilamente en la cara y dijo:

—Querido señor, he encontrado un Salvador tan querido, que nos ama y perdona en el Señor Jesús, que creo firmemente en mi corazón que Él puede convertir a un judío aunque esté de pie, y yo me arrodillaré, y oraré pidiendo que eso suceda.

Dicho y hecho, se arrodilló y empezó a orar, hablándole a su Salvador de un modo tan sencillo que me desconcertó. Me sentí tan avergonzado de mí mismo al ver a esta querida anciana arrodillada a mi lado orando fervientemente por mí mientras yo me quedaba de pie. Toda mi vida pasada cruzó vívidamente ante mis ojos de tal forma que deseé con todo mi corazón que me tragara la tierra. Cuando ella se levantó, me extendió la mano, y con ternura maternal dijo:

—¿Orará usted a Jesús antes de irse a dormir esta noche?

—Señora —contesté—, oraré a mi Dios, el Dios de Abraham Isaac y Jacob, pero no a Jesús.

—¡Bendito sea! —exclamó—, Su Dios de Abraham, Isaac y Jacob es mi Cristo y su Mesías.

—Buenas noches, señora, y muchas gracias por su amabilidad, —dije retirándome de la iglesia.

4. La conversión

Rumbo a casa, al reflexionar sobre mi reciente extraña experiencia, empecé a decirme a mí mismo ¿por qué será que estos cristianos se interesan tanto por los judíos y gentiles desconocidos para ellos? ¿Será posible que todos estos millones de hombres y mujeres que durante los últimos 1,800 años han vivido y muerto confiando en Cristo, estén equivocados y que un pequeño manojito de judíos, diseminados por todo el mundo tengan razón? ¿Por qué pensaría el muchacho moribundo que tocaba el tambor sólo en lo que él llamaba mi alma inconversa? Y también, ¿por qué el barbero de Nueva York mostró un interés tan profundo en mí? ¿Por qué esta noche el predicador me señaló y apuntó con el dedo, y por qué aquella querida mujer me siguió hasta la puerta y me retuvo? Todo debe ser por el amor que sienten por su Jesús, a quien tanto yo desprecio.

Cuanto más lo pensaba, peor me sentía. Por otro lado, alegaba: ¿Cómo puede ser posible que mi padre y mi madre que tanto me amaban, me hayan enseñado algo equivocado? En mi niñez me habían enseñado a odiar a Jesús; había un sólo Dios y no tenía ningún un Hijo. Entonces, me sentí embargado por el anhelo de llegar a conocer a ese Jesús a quien los cristianos tanto amaban y adoraban. Empecé a apresurar mi paso, totalmente decidido a que si había alguna verdad en la religión de Jesucristo, yo la iba a encontrar antes de irme a dormir.

Cuando llegué a casa, mi esposa (una ortodoxa judía muy estricta) me vio algo inquieto y me preguntó dónde había estado. No me atreví a decirle la verdad, y no le iba a mentir, así que le dije:

—Mujer, por favor no me preguntes nada. Tengo un asunto muy importante que atender. Quiero ir a mi estudio y estar solo.

Fui inmediatamente a mi estudio, puse llave a la puerta y empecé a orar, de pie con mi rostro hacia el oriente, como siempre lo había hecho. Cuanto más oraba, peor me sentía. No podía entender el sentimiento que me embargaba. Me sentía perplejo con respecto al significado de muchas de las profecías del Antiguo Testamento que me interesaban profundamente. Mis oraciones no me dieron ninguna satisfacción, y entonces se me ocurrió que los cristianos se arrodillaban para orar. ¿Ayudaría eso? Habiendo sido criado como un *judío ortodoxo estricto*, nunca me habían enseñado a arrodillarme en oración. Me embargó el temor de que si me arrodillaba podía estar en el engaño de doblar mis rodillas ante Jesús, quien, según me habían hecho creer de niño, era un impostor.

Aunque la noche era terriblemente fría, y en mi estudio no estaba prendida la chimenea (no se esperaba que yo la usaría esa noche), nunca he transpirado tanto en mi vida. Mis filacterias estaban colgadas en la pared de mi estudio, y mi mirada se posó en ellas. Nunca, desde los trece años en adelante, hubo un día en que no las usara, excepto los sábados y los días de fiesta judíos. Estaba muy encariñado con ellas. Las tomé en mis manos, y mientras las miraba me vino a la mente Génesis 49:10: “No será quitado el cetro de Judá, y el legislador de entre sus pies, hasta que venga Shiloh; y a él se congregarán los pueblos”.

Otros dos pasajes que había leído y cavilado con frecuencia vinieron vívidamente a mi mente; el primero de estos fue Miqueas 5:2: “Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad”. El otro pasaje es la muy conocida predicción en Isaías 7:14: “Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel”.

Estos tres pasajes vinieron a mi mente con tanta fuerza que clamé:

—Oh Dios de Abraham, y de Isaac y de Jacob, Tú sabes que soy sincero en cuanto a esto. Si Jesucristo es el Hijo de Dios, revélamelo esta noche, y lo aceptaré como mi Mesías.

Ni había acabado de orar cuando casi inconscientemente arrojé mis filacterias en un rincón de la habitación y en menos tiempo de lo que lleva contarlo, me encontré de rodillas orando en ese mismo rincón con las filacterias a mi lado. Arrojar las filacterias en el piso como lo había hecho yo, era un acto de blasfemia para un judío. Ahora me hallaba orando de rodillas por primera vez en mi vida, y me sentía muy intranquilo. Dudaba de la sabiduría de lo que estaba haciendo.

Mis sentimientos en esos momentos se expresan mejor en el primer himno que compuse después de mi conversión y dediqué al predicador que me había impresionado tan poderosamente:

NO ME DEJES SOLO

La oración de un judío convertido

Dedicado a mi querido amigo: E. Payson Hammond

*Llena está mi vida de remordimientos,
No hay paz en mi alma, sólo hay ansiedad.
Hay brumas sombrías en mi pensamiento,
Señor, yo te ruego, ten de mí piedad.
No dejes que vague entre sombras perdido.
Quita la dureza de mi corazón,
Aviva la llama de mi amor, te pido,
Espíritu Santo, paloma divina,
No me dejes solo, mi Consolador.*

*Oh Dios de poder y de amor indulgente,
Tu ayuda buscando yo vengo hasta ti;
Inclina tu oído, escucha clemente,
Te ruego que muestres tu piedad en mí.
Mi ser tú renueva, dirige el camino
Que a tu trono excelso me habrá de llevar.
Mi Señor tú eres, ¡oh crucificado!
Sé siempre mi guía, mi maestro amado,
No me dejes solo, a mi lado está.*

*Mi corazón gime encogido de espanto,
Muy grande es mi carga de pecado vil,
Cubre con tus alas mi ser, como un manto,
Y así las tinieblas huirán de mí.
Tómame en tus brazos, dame tu cuidado,
Quita la dureza de mi corazón;
Cargar ya no puedo con este pecado,
Mi oración escucha como al publicano,
No me dejes solo, dame tu perdón.*

*Sé que de tu mano no habrás de soltarme,
Pues por mí, tu sangre vertiste en la cruz,
En ésta yo quiero morir, sumergirme,
Y de ella surgir a una vida de luz.
Mis débiles brazos a ti yo levanto,
Pues tu amor a nadie tú niegas jamás,
Sobre mí, cual alas extiende tu manto,
Y la muerte, entonces, perderá su espanto;
Ya no estaré solo... conmigo tú irás.*

Nunca olvidaré mi primera oración a Jesús. Oré así: “Oh Señor Jesucristo, si en verdad eres el Hijo de Dios, si eres el Salvador del mundo, si eres el Mesías de los judíos que nosotros los judíos aún esperamos y si puedes convertir a pecadores como afirman los cristianos, puedes convertirme a mí, porque soy un pecador, y prometo servirte todos los días de mi vida”.

Pero esta oración mía no llegó a destino. No era difícil saber la razón. Había intentado hacer un trato con Jesús, que si Él hacía lo que yo le pedía, yo, por mi parte, haría entonces lo que le había prometido. Permanecí de rodillas más o menos media hora, en tanto que la transpiración me corría por el rostro. También sentía la frente ardiendo, y apoyé la cabeza contra la pared para refrescarla. Estaba en agonía, pero no convertido. Me levanté y caminé de un lado a otro en mi habitación. Luego pensé que ya me había excedido y juré no volver a ponerme de rodillas. Empecé a razonar: “¿Por qué ponerme de rodillas? ¿Acaso no puede el Dios de Abraham, a quien he amado, servido y adorado todos los días de mi vida, hacer por mí lo que dicen que Jesús hace por los gentiles?” Por supuesto, consideraba el asunto desde el punto de vista judío, y seguí razonando: “¿Por qué tengo que ir al Hijo? ¿Acaso el Padre no está sobre el Hijo?”

Cuanto más razonaba, peor y más perplejo me sentía. En un rincón de la habitación, seguían las filacterias en el suelo, las cuales ejercían una influencia magnética sobre mí. Instintivamente me volví hacia ellas e involuntariamente caí nuevamente de rodillas, pero no podía pronunciar palabra. Me sentía abatido porque tenía un anhelo sincero de conocer a Cristo, si es que era el Mesías. Cambié de posición vez tras vez. Alternadamente me arrodillaba y después caminaba por la habitación. Seguí así desde las nueve cuarenta y cinco hasta la una cincuenta y cinco de la mañana. En ese momento se iluminó mi mente,

y empecé a creer en mi alma que *Jesucristo era realmente el verdadero Mesías*. En cuanto acepté esto, por última vez aquella noche, me arrodillé; esta vez mis dudas se habían disipado, y empecé a alabar a Dios por el gozo y la felicidad que habían penetrado mi alma, y que nunca había sentido. Había encontrado mi verdadero Shiloh, el Soberano de Israel, Emmanuel—“Dios con nosotros”—había creído la información de Isaías con respecto al verdadero Mesías—JESÚS—que fue “despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto”, quien fue “herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz sobre él, y por su *llaga fuimos nosotros curados*” (Is. 53:3, 5). Había visto a aquel a quien habían traspasado con una lanza y supe que me había convertido, y que Dios por medio de Cristo había perdonado mis pecados. Ahora sentí que la circuncisión nada valía, tampoco la incircuncisión, sino ser una nueva criatura.

5. La familia

Me levanté y, con mi nueva felicidad, pensé que mi querida esposa se sumaría a mi gozo cuando le contara del gran cambio en mí. Con ese pensamiento en mi mente, corrí del estudio a nuestra habitación (porque mi esposa se había retirado a descansar, aunque no había apagado las lámparas).

La abracé y empecé a besarla, diciendo:

—Esposa, he encontrado al Mesías.

Pareció molesta y, apartándose, me preguntó fríamente:

—¿Encontraste a quién?

—A Jesucristo, mi Mesías y Salvador —fue mi respuesta.

No volvió a decir palabra, pero en menos de quince minutos se había vestido y se había ido de casa, aunque eran las dos de la mañana y hacía un frío tremendo. Cruzó la calle a la casa de sus padres, que vivían justo enfrente. No la seguí, sino que caí de rodillas, implorando al Salvador que recién había encontrado, que los ojos de mi esposa también fueran abiertos como los míos, y después me fui a dormir. A la mañana siguiente los padres de mi pobre esposa le dijeron que si alguna vez volvía a llamarme marido, la desheredarían, sería excomulgada de la sinagoga y maldita. A la vez, llamaron a mis dos hijos y les dijeron que no me volvieran a llamar papá, que al adorar a Jesús, el “impostor”, yo era totalmente malo como Él.

¡Oh! El empedernido odio del corazón humano por el evangelio de Dios. Bien dijo el convertido hebrero de los hebreos al escribir: “Judíos y...gentiles...todos están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aun uno... por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Rm. 3:9, 10, 23). Cinco días después de mi conversión recibí órdenes del Cirujano General en Washington de viajar al Oeste por asuntos de gobierno. Traté de todas las formas posibles de comunicarme personalmente con mi esposa para despedirme, pero ella se negó a verme y a escribirme. Sin embargo, me envió un mensaje con un vecino diciendo que mientras llamara Salvador a Jesucristo, *no la considerara mi esposa*, porque no viviría conmigo. No esperaba recibir semejante mensaje porque la amaba y amaba a mis hijos de todo corazón. Por lo tanto, fue con el corazón embargado de

tristeza, que partí de casa esa mañana en un viaje de 1,300 millas para cumplir mi deber sin haber podido ver a mi esposa ni a mis hijos.

Durante cincuenta y cuatro días mi esposa no contestó ninguna de mis cartas; aunque le escribía una por día, y con cada carta que le enviaba, oraba a Dios pidiéndole que predispusiera su corazón para leer aunque fuera una de ellas. Sentía que si al menos ella leía una de mis cartas (porque le predicaba sobre Cristo y demostraba el gozo que estaba sintiendo en mi alma en cada una de ellas), reconsideraría lo que había dicho y hecho antes de mi partida. Nunca fueron más ciertas para mí las siguientes líneas de Cowper:

*Dios obra de maneras misteriosas para mostrar Sus grandes maravillas;
planta Sus huellas en la arena y puede cabalgar en la tormenta.*

Porque fue por medio de la desobediencia de mi hija que se convirtió mi esposa. Mi hija era la menor de nuestros dos hijos; por lo general, era considerada como la mimada de papá. Después de mi conversión a Cristo su sentido de lealtad hacia su madre por un lado, y el amor que sentía por su padre por el otro, la mantenían constantemente preocupada.

Cincuenta y tres noches después de mi partida soñó que veía morir a su padre. Sintió mucho miedo y decidió que, pasara lo que pasara, no destruiría la próxima carta de él. La mañana siguiente esperó en la puerta al cartero. Cuando él le entregó las cartas, tomó la de su padre, y la escondió rápidamente en la blusa, corrió a su habitación en la planta alta y abrió el sobre. La leyó una vez, y luego tres veces más. Aquella carta le causó tanta tristeza que, cuando bajó, su madre notó que había estado llorando, y le preguntó por qué.

—Mamá, si te digo, te ofenderás; pero si me prometes que no te enojarás te lo contaré todo.

—¿Qué es, hija mía? —preguntó su madre. Sacando la carta de la blusa, le contó el sueño que había tenido la noche anterior, y agregó:

—Abrí esta mañana la carta de mi papá, y ahora no puedo ni quiero creer a mi abuelo, mi abuela o cualquiera que diga que mi papá es un hombre malo, porque un hombre malo no escribiría una carta así a su esposa e hijos. Te ruego que la leas, mamá —terminó diciendo a la vez que le extendió la carta.

Mi esposa tomó la carta, la llevó a la habitación contigua y la puso bajo llave en su escritorio. Esa tarde se encerró en su habitación y, abriendo el escritorio, tomó la carta y comenzó a leerla. Cuanto más leía, peor se sentía. Me contó más adelante que leyó toda la carta cinco veces. Después de la última lectura la volvió a poner en el escritorio y regresó a la habitación de la que acaba de salir. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, y ahora le tocaba a mi hija preguntar:

—Mamá, ¿por qué lloras?

—Hija, siento un dolor que me oprime el pecho —fue su respuesta—, quiero recostarme en la sala.

Así lo hizo. La sirvienta le preparó una taza de té, pensando que eso era todo lo que necesitaba para quitarle el malestar que la aquejaba. En muchos casos, sin duda, una taza de té ayuda, pero no alivió para nada a mi pobre esposa.

Al rato, la madre de mi esposa cruzó a nuestra casa. Pensando que mi esposa estaba muy enferma, le dio unos sencillos remedios caseros, como suelen hacer las madres. Esto tampoco le dio alivio alguno. A las siete y media de la noche, mi suegra hizo llamar a un

doctor. Vino al instante y le dejó una receta, pero su medicamento tampoco le quitó el dolor. Mi suegra se quedó esa noche atendiéndola hasta las once quince. Mi esposa comentó luego, que el deseo de su corazón era que su madre se fuera de la habitación, porque había decidido arrodillarse (como yo lo había hecho antes), en cuanto su madre se retirara. Por lo tanto, cuando ésta se fue, mi esposa puso llave a la puerta y se arrodilló junto a su cama. En menos de dos minutos, Cristo, el Gran Médico, la encontró, la sanó y la salvó.

Tal como sucedió conmigo, en cuanto dejó de depender del esfuerzo humano, de la sabiduría del mundo y de las vanas tradiciones, y se entregó cuerpo, alma y espíritu a Dios, descubrió que el Espíritu Santo estaba listo para abrir sus ojos para llevarla de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios (Hch. 26:18). En el instante que contempló al “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”, pudo decir con Felipe de la antigüedad: “Hemos hallado a aquél de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret”, y agregar con Natanael: “Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel” (Jn. 1:29, 45, 49).

La mañana siguiente recibí un telegrama que decía:

“Querido esposo, ven a casa inmediatamente. Creía que tú estabas equivocado y que yo tenía razón, pero he descubierto que tú tenías razón y que yo estaba equivocada. Tu Cristo es mi Mesías; tu Jesús, mi Salvador. Anoche, a las once y diecinueve minutos, estando de rodillas por primera vez en mi vida, el Señor Jesús salvó mi alma”.

Después de leer el telegrama, por un momento sentí que ya no me importaba nada el gobierno al cual servía. Dejé mis asuntos sin terminar y tomé el primer tren expreso, emprendiendo el regreso a Washington. En aquel entonces, mi casa era bien conocida, especialmente entre los judíos (debido a que cantaba frecuentemente en la sinagoga), no quería despertar la curiosidad, por lo que telegrafíe a mi esposa diciéndole que no me fuera a buscar a la estación, porque al llegar a Washington tomaría un coche para que me llevara directamente a casa. Cuando llegué frente a mi casa, vi a mi esposa parada en la puerta esperándome. Su rostro irradiaba gozo. Corrió hacia mí cuando bajé del coche y me dio un gran abrazo y me besó. Su papá y su mamá también estaban en la puerta en la casa de enfrente, y cuando nos vieron abrazados empezaron a maldecirnos tanto a mí como a ella. Diez días después de que mi esposa aceptara al Señor Jesucristo como su Salvador, se convirtió mi hija. Ella es ahora esposa de un cristiano y colaboradora con su esposo en la viña de Cristo. Mi hijo (¡ojalá pudiera decir lo mismo que de su hermana!) aceptó la promesa de sus abuelos maternos, que si nunca volvía a llamarme padre y a su mamá madre, le dejarían todos sus bienes, y hasta ahora la ha cumplido.

Un año y nueve meses después de su conversión, falleció mi esposa. El anhelo de su corazón antes de morir era ver a su hijo, que vivía como a siete minutos de nuestra casa. Lo mandé llamar una y otra vez, rogándole que viniera a ver a su madre moribunda. Uno de los ministros de la ciudad, junto con su esposa, fueron a ver a mi hijo, y trataron de persuadirlo que concediera a su madre su último deseo, pero su única respuesta fue:

—Maldita ella, déjenla morir, ella no es mi madre.

El jueves a la mañana (el día de su muerte), mi esposa me pidió que mandara llamar a cuantos miembros de su congregación pudieran venir, para estar con ella en la hora de su muerte. A las diez y media le pidió a la Sra. Ryle, esposa del pastor, que era una de sus muy

queridas amigas, que le tomara la mano izquierda, y que todas las damas en la habitación se tomaran de la mano. Yo me ubiqué de pie al otro lado de la cama y tomé su mano derecha, y los caballeros se tomaron de la mano y, a petición de ella, formamos un círculo de unas treinta y un personas, y cantamos:

*Cariñoso Salvador, huyo de la tempestad
A tu seno protector, fiándome de tu bondad.
Sálvame, Señor Jesús, de la furia del turbión;
Hasta el punto de salud, guía tú mi embarcación.*

*Otro asilo no he de hallar, indefenso acudo a ti;
Voy en mi necesidad, porque mi peligro vi.
Solamente tú, Señor, puedes dar consuelo y luz;
A librarme del temor corro a ti, mi buen Jesús.*

Muy suavemente comenzamos a cantar:

*Cristo, encuentro todo en ti, y no necesito más;
Débil, me pusiste en pie; triste, tu amor me das;
Al enfermo das salud; guías tierno al que no ve;
Con amor y gratitud tu bondad ensalzaré.*

*Justo y Santo es tu nombre
Yo soy todo iniquidad
Mil vilezas mi alma esconde
Tú eres gracia, amor y verdad.*

Mientras cantábamos, mi esposa en una voz débil pero clara dijo: “Sí, es todo lo que quiero, es todo lo que tengo. Ven, Señor Jesús, llévame a mi hogar”, y quedó dormida.

Ella, a quien desde su infancia, le habían enseñado a odiar el nombre de Jesús, había por gracia aprendido a valorar aquel “Nombre que es sobre todo nombre”, quien tan recientemente había salvado su alma preciosa, le había dado felicidad y se la había mantenido durante esos últimos meses de prueba, y le había dado, estando nosotros allí, un éxodo triunfal de este mundo de pecado y sufrimientos a las moradas eternas preparadas para Abraham, Isaac y Jacob y todos los redimidos, ya sean judíos o gentiles.

He tratado de describir su partida en el siguiente poema:

*¡Qué gloriosa hora! A mi hogar yo voy,
Las puertas abiertas están,
Ángeles ya veo en mi derredor,
Su vuelo ya puedo escuchar.
Huestes celestiales se acercan a mí,
Me cubren con sombras de amor.*

*Mi Señor amado, ya voy hasta a ti,
Recíbeme, oh Salvador.*

Coro:

*Vengo a ti, vengo a ti,
Ya vengo hasta a ti, Salvador.
Vengo a ti, Señor bendito,
Ya vengo a ti, mi Señor.*

*Aun cuando este cuerpo declinado está,
Y es duro el dolor soportar,
Un hogar eterno, que no es material,
Glorioso me espera allá.
Con tu santa sangre tú pagaste ya,
Mansiones de vida y luz;
En perpetuo gozo allí viviré
Contigo, mi amado Jesús.*

*¡Qué gloriosa aquella hora! Abiertas ya están
Las puertas de perlas por fin;
Ángeles alaban a Dios junto a mí.
Aquí he terminado, ya voy a mi hogar,
Sin mancha mi ser ya estará.
Mi Señor amado, ya vengo hasta ti,
Recíbeme, oh Salvador.*

Mi hijo no quiso asistir al entierro, ni que yo sepa, ha visitado la tumba de su madre. Tampoco me ha llamado “padre”, ni ha contestado ninguna de mis cartas acerca de mi conversión, y aunque tres veces he cruzado el Atlántico desde Norteamérica hasta Alemania tratando de verlo para reconciliarnos, he fracasado en todos mis intentos porque se ha negado a verme. Pero esto ha motivado oraciones más fervientes por él, a fin de que sea emancipado de la esclavitud de los prejuicios judíos, y vea en Jesús “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29). Una cuarta visita a Alemania en julio de 1887, fortaleció y confirmó mi fe porque mi hijo no sólo consintió en verme, sino que derramó amargas lágrimas al recordar el pasado, e inmediatamente anunció su determinación de ver a su querida hermana en América.

Inmediatamente después de mi conversión le escribí a mi madre que vivía en Alemania, contándole cómo había hallado al verdadero Mesías. No podía dejar de darle las buenas nuevas, y pensaba que creería al mayor de sus catorce hijos. Tengo que decir que el primer anhelo de mi corazón después de mi conversión; era que todos mis amigos, tanto judíos como gentiles, compartieran el nuevo gozo que había encontrado. Me sentía como el salmista que escribió: “Venid, oíd todos lo que teméis a Dios, y contaré lo que ha hecho a mi alma” (Sal. 66:16). La esperanza que tenía con respecto a mi madre estaba destinada a su-

frir un amargo desengaño, porque ella me escribió una sola carta (si es que una maldición puede llamarse carta), después de un prolongado silencio, lo que me hizo sospechar que si escribía sería sólo para enviarme esa maldición que todo judío tiene que esperar de sus familiares más cercanos cuando acepta el cristianismo. Esta sospecha se confirmó totalmente después de un lapso de cinco meses y medio, durante los cuales me mantuve en suspenso, porque antes de mi conversión, mamá me escribía una vez por mes.

Una mañana, cuando el cartero me trajo las cartas, vi entre ellas una con un timbre postal de Alemania y la letra tan conocida de mi madre querida. En cuanto la vi, le dije a mi esposa que estaba en la habitación: “Ha llegado al fin”.

Por supuesto, abrí ese sobre primero. No tenía encabezamiento, ninguna fecha, nada de “Mi querido hijo” como empezaban sus cartas anteriores, sino que decía lo siguiente:

“Max, ya no eres mi hijo; te hemos enterrado en efigie simbólicamente, te lloramos como a un muerto. Y ahora que el Dios de Abraham e Isaac te deje ciego, sordo y mudo y maldiga tu alma para siempre. Has dejado la religión de tu padre y la sinagoga por ese Jesús, ‘el impostor’, y ahora recibe la maldición de tu madre. Clara”.

Aunque para entonces ya sabía muy bien lo que me costaría abrazar el evangelio de Jesucristo; y qué esperar de mis parientes por haber dejado la sinagoga, confieso que no estaba preparado para semejante carta de mi madre. No obstante, mi querida esposa y yo, podíamos ahora comprendernos el uno al otro más plenamente en la nueva vida que habíamos encontrado porque, como ya lo he dicho, sus padres ya la habían maldecido cara a cara por haber creído en Cristo. Pero no todo era tristeza, porque las palabras del salmista nunca habían tenido tanto significado ni nos habían brindado tanto aliento, “Aunque mi padre y mi madre me dejaran, con todo, Jehová me recogerá” (Sal. 27:10).

Nadie piense que es cosa fácil que un judío acepte a Cristo. Tiene que estar preparado para dejar a su padre, madre y esposa por el reino de Dios, debido a la actitud hacía cada judío de quien se sospechaba que mira favorablemente al cristianismo. No obstante, tal persecución no hizo otra cosa que hacerme valorar más y más las palabras del nuevo Señor que acababa de encontrar: “De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna” (Mt. 19: 28-29).

Varios días después, contesté la carta de mi madre con las siguientes palabras:

RESPUESTA A LA MALDICIÓN DE MI MADRE:

*Desde muy lejos del hogar, oh madre,
Todos los días oraré por ti.
¿Por qué me das tu maldición, oh madre?
¿Por qué me envías un mensaje así?
Convicto fui de culpa y de pecado
Y a Jesucristo libertad pedí,
Y, madre, soy feliz porque soy salvo,
Pues el judío Jesús murió por mí.
Tú me enseñaste a odiar Su santo nombre,*

*“Impostor” le has llamado con rencor,
Mas Él en el Calvario dio Su sangre
Para evitar nuestra eterna perdición.
Permite que te lleve hasta Sus brazos,
Mientras ante Él me arrodillo en oración:
“Jesús, a mi madre yo te traigo,
Dale hoy libertad y salvación”.*

*Por eso, madre, con vehemencia yo te insisto,
Que dejes que Jesús venga hoy a ti;
De los judíos el Mesías, Jesucristo
Murió por ti, y también murió por mí.
¿Rechazarás Su gran misericordia?
¿Podrás darle la espalda a tanto amor?
Ven a Jesús, oh madre, yo te imploro,
Pues te espera tu amante Salvador.*

Aunque ella nunca volvió a escribirme después de eso, me dijeron que la última palabra que pronunció cuando su vida se extinguía fue mi nombre, “Max”. Y quien sabe si en los últimos instantes, el triste recuerdo de su maldición y de los anhelos de su alma, insatisfechos por el judaísmo, la hayan llevado a encontrar en el verdadero Mesías, Jesús, el Cordero que Dios proveyó (Jn. 4:26; 6:37).

Falta contar la secuela de la historia de Charlie Coulson. Unos dieciocho meses después de mi conversión, asistí una noche a una reunión de oración en la ciudad de Brooklyn. Era una de esas reuniones en que los creyentes testifican de la bondad y el amor de su Salvador. Después de que varios hubieran hablado, una anciana se puso de pie y dijo:

—Queridos amigos, quizá esta sea la última vez que tengo el privilegio de testificar de Cristo. El médico me dijo ayer que mi pulmón derecho está prácticamente deteriorado y que el pulmón izquierdo está muy afectado, por lo que, en el mejor de los casos, tengo poco tiempo para estar con ustedes, pero lo que me queda pertenece a Jesús. ¡Oh, qué gozo es saber que encontraré a mi muchacho con Jesús en el cielo! Mi hijo no sólo fue un soldado de su patria, sino de Cristo. Recibió heridas en la batalla de Gettysburg, y cayó en manos de un doctor judío quien le amputó el brazo y la pierna, pero falleció cinco días después de la operación. El capellán del regimiento me escribió una carta y me envió la Biblia de mi hijo. En aquella carta me informaba que mi Charlie, en la hora de su muerte, mandó llamar al doctor judío y le dijo: “Doctor, antes de morir quiero contarle que cinco días atrás, mientras me amputaba el brazo y la pierna, oré pidiendo al Señor Jesucristo que salvara su alma”.

Al oír el testimonio de esta dama no pude seguir sentado. Me levanté de mi asiento, crucé la habitación y, tomándola de la mano le dije:

—Dios le bendiga, mi querida hermana. La oración de su hijo fue oída y contestada. Yo soy el doctor judío por quien Charlie oró, y su Salvador es ahora mi Salvador.

Un fervor celestial cundió por toda la reunión ante el emocionante cuadro de un judío y un gentil hechos “uno en Cristo Jesús”. Y vieron Su maravilloso poder en el hecho de utilizar a un muchacho moribundo, que tocaba el tambor, para manifestar el Espíritu de su Señor orando por los enemigos de la cruz; en la maravillosa respuesta a la oración del jovencito, en su lecho de muerte, y en la gloriosa esperanza de reunión de la gran multitud de redimidos que nadie puede contar, de toda raza, y lengua, y pueblo, y nación.

*Y entre los que por fin fueron salvos,
Para siempre felizmente bendecidos,
La madre amada y el médico con el Salvador
Se encontrarán con el niño del tambor.*

En octubre de 1887, el doctor escribe:

Es con gran gozo y gratitud que escribo sobre la conversión de mi querido hijo. Creo firmemente que el querido Salvador había estado turbando su corazón por un tiempo antes de nuestro encuentro en el mes de julio de 1887. Por primera vez en catorce años me llamó “padre”. Lloró amargamente durante nuestro encuentro y parecía que el deseo de su corazón era volver a ver a su hermana. Mi corazón se regocijó al oír eso, porque sabía que con su hermana (una devota cristiana en América) estaría en buenas manos.

Después de viajar varios días por Alemania conmigo y algunos amigos (ocasión en que conversó libremente conmigo sobre su madre, lamentándose por haberse negado a verla antes de su muerte, y expresando el deseo de verla en el cielo), partió para los Estados Unidos, donde se encontró con su hermana el lunes 15 de agosto por la tarde. Ese encuentro es más fácil de imaginar que de describir, porque hacía catorce años que no se veían. El viernes siguiente, mi hijo le rogó a su hermana que lo acompañara a la tumba de su madre. Mi hija me escribió esa misma noche que el corazón de su hermano sintió un intenso dolor ante la tumba, y concluyó su carta: “Querido padre, doy gracias a Dios porque mi hermano está bajo una profunda convicción de pecado; es totalmente consciente de haber descuidado en el pasado su deber hacia su padre, su madre y su hermana. Oro constantemente por él, también mi esposo y muchos amigos están orando aquí por su conversión”.

El viernes 19 de agosto visitó nuevamente la tumba de su madre (esta vez solo), y mientras se encontraba allí, Dios en Su misericordia, por medio de Cristo, perdonó sus pecados y convirtió su alma. Volvió a casa, le contó a su hermana la buena noticia y esa misma noche ella me escribió, sin que su hermano lo supiera; mi hijo también me escribió, y ambas cartas me llegaron al mismo tiempo, haciendo que ese día fuera verdaderamente un día de buenas nuevas, y recompensándome en algo por los muchos años de sufrimiento que había soportado, haciéndome exclamar con nuestro salmista: “Por la tarde durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría” (Sal. 30:5).

Y ahora, para concluir, ruego a Dios que me dé vida, a fin de que pueda oír a mi hijo predicar el evangelio de aquel querido Salvador a quien rechazó durante tanto tiempo, pero que ahora es su todo en todo, porque en su última carta me informa que se está preparando para la obra de evangelización.

El 13 de septiembre de 1892, el Dr. Rossvally escribe:

Con respecto a mi hijo, puedo decirle esto: está dedicando todo su tiempo a la obra del Señor. No tiene iglesia propia, ya que prefiere hacer obra evangelística. Se está ocupando en lo mismo que hacia yo hace unos años, antes de tener tantos problemas de salud; es decir, va de un lugar a otro ayudando a las iglesias y misiones pobres, que luchan por sobrevivir. Digo con agradecimiento, que el Señor ha bendecido abundantemente sus labores. También publica mis tratados para ser distribuidos gratuitamente en el país.

6. La conclusión

Poco después de su conversión a Dios, el Dr. Rossvally renunció a su puesto en el ejército de los Estados Unidos, y abrió una misión para la conversión de sus hermanos judíos. Al principio tuvo que enfrentar mucha oposición, pero perseveró y finalmente tuvo el gozo de ver un buen número—judíos ricos y pobres, ancianos y jóvenes—exclamar como aquel exclamó en la antigüedad: “Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo)” (Jn. 1:41).

Más adelante hizo un prolongado viaje evangelístico, y visitó muchas ciudades en Europa, Estados Unidos y Canadá, y muchas otras tierras predicando en su estilo convincente las buenas nuevas de salvación gratuita y completa a numerosos públicos, siendo su ministerio usado por Dios, para llevar a no pocos—tanto gentiles como judíos—de la oscuridad a la luz y del poder de Satanás a Dios.

Después de varios años de servicio feliz, y unos pocos meses de intenso sufrimiento, M. L. Rossvally fue llamado a un servicio más alto en el cielo, en octubre de 1892.

“Aunque muerto, habla todavía”, porque varios millones de ejemplares de “Charlie Coulson, el muchacho que tocaba el tambor” y otros de sus tratados, han sido diseminados por los Estados Unidos, Gran Bretaña, India, Australia, Nueva Zelanda, Francia, Alemania, Suiza, Rusia, y otros países, llevando a muchos a “conocer a Aquél que es vida eterna”.

Ciertamente esta narración verídica y conmovedora de la vida real reafirma en nuestra propia época las palabras del judío convertido más famoso; Saulo de Tarso, quien dijo: “No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego” (Rm. 1:16).

Es de notar que no es el evangelio del cristianismo o del judaísmo, el evangelio de alguna iglesia, credo o grupo, sino el evangelio de Cristo, el evangelio acerca de la incomparable persona del Señor Jesucristo, quien “murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (1 Co. 15:3-4). “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están

en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:9-11).

La gran pregunta que cada uno ha de considerar es: ¿He percibido como individuo, así como el muchacho que tocaba el tambor y el doctor, mi estado de perdición como “muertos en vuestros delitos y pecados” (Ef. 2:1) y aceptado al Señor Jesucristo como mi propio Salvador personal? ¿Y sé que “Dios, por medio de Jesucristo, ha perdonado mis pecados”? Si no, ¿por qué no, como el judío y el gentil mencionado aquí, *pone a prueba la cuestión?* Contemple “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29) y podrá usted decir: “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Is. 53:5).

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna” (Jn. 3:16).

“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Jn. 5:24).

“Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (Rm. 10:9-10).

*Todo aquel que escuche, id a dar las nuevas,
Las benditas nuevas del mundo hasta el fin,
Llevad las noticias de Cristo a los hombres;
Decid que “el que quiera puede a Él venir,
Todo aquel que quiera, todo aquel que quiera”.*
*Por valles, colinas, la nueva esparcid,
Que el Padre amoroso al pródigo espera,
Y todo aquel que quiera puede a Él venir.
Todo aquel que venga no debe tardarse,
La puerta está abierta, entrad, compartid
Con Cristo quien es la Verdad, y quien dice
Que todo el que quiera puede a Él venir.
“Todo aquel que quiera”, es la fiel promesa;
“Todo aquel que quiera”, nunca tendrá fin;
“Todo aquel que quiera”, tendrá vida eterna,
Y todo aquel que quiera puede a Él venir.*

Debido a que me han preguntado con frecuencia si todos los detalles de esta narración son totalmente ciertos, aprovecho esta oportunidad para afirmar que cada incidente en particular ocurrió exactamente como ha sido relatado. —M. L. R.

